

## XL

**P**ASÁRONSE algunos días en las apariencias de la mayor calma. Había yo observado en Felicia apariencias de dulzura y placidez que me expliqué despues. Sentía ella con ciertas intermitencias la necesidad de olvidar á Tonino, y casi siempre, despues de una entrevista borrascosa, evitaba el pensar en él y se abstenia de hablar. La debilidad de su naturaleza exigia estos intervalos de reposo. Cuando habia reparado sus fuerzas, agitábase nuevamente para volver á verle en secreto, ó por ocuparse ostensiblemente de sus negocios y de su conducta.

Yo dejé pasar estos cuantos días, y cuando me dijo ella estar intranquila por *sus hijos*, admirándose de no oír hablar de ellos, le dí la noticia de que Tonino habia partido.

—¿Partido? ¿y á dónde?

—Muy lejos, y para no volver.

Cayó sobre su asiento como anonadada.

Jamás olvidaré la expresion de sus ojos trasparente y profunda, preguntándome, llenos del terror más ingénuo: “¿Le habeis matado, y vais también á matarme á mí?,”

Y como mi mirada tranquila nada le revelara de espantoso

sonrió vagamente, y juntando las manos como para dar gracias á Dios, parecia exclamar: ¡No sabe nada!

¡Es admirable lo estúpidos que suelen ser muchas veces los culpables, y como creen ellos jugar impunemente con las gentes honradas.

No trasluciendo nada absolutamente en mi ademan tranquilo, preguntóme balbuceando por la explicacion de la extraña noticia que acababa de darle.

—Querida mia, la dije, era necesario acabar con una situacion verdaderamente angustiosa. Vos me ocultabais, por generosidad sin duda, vuestros pesares secretos; pero he logrado penetrarlos despues de un buen espacio de tiempo.

Creyóse ella perdida todavía.

—¡Ah, sí! exclamó cayendo de rodillas á mis piés: ¡lo sabeis todo, no hay duda!

—¿A qué esta actitud de arrepentimiento ó de desesperacion? repuse yo: ¿de qué y á quién estais pidiendo perdon?

Levantóse entonces, espantada de su turbacion; y volviendo á mirarme llena de extrañeza:

—No teneis, repuse, la menor culpa, que yo sepa, en este conflicto, ó si la teneis con relacion á Tonino, no he de ser yo por cierto quien la juzgue. Yo veia que este jóven estaba muy descontento de su suerte, á pesar de todos los sacrificios que habiais hecho para satisfacerle. Vos os habiais lamentado amargamente, hablando conmigo, de su ingratitud, y he querido evitar los perjuicios que su ambicion os podia acarrear. Reflexioné mucho y le interrogué. Supe lo que él queria. Estaba disgustado del país y de su condicion presente. Quería dinero contante y libertad completa. Le aconsejé entonces que partiera; y partió. Le tengo prometida la cantidad que os habia

dicho necesitar, y vos se la remitireis. Así quedareis libre de sus lamentos y de vuestras impacencias, de sus obsesiones y de la indignacion que os producian. Hareis, pues, un sacrificio necesario á vuestra tranquilidad y á la mia, sacrificio que me parece bien poca cosa, dadas las ventajas que ha de reportaros en todos sentidos.

Yo estaba preparado á todo, al hablar así; y sin embargo, el efecto de mi declaracion me sorprendió en extremo. En lugar de resignarse á un mandato harto moderado y de comprender que no podia pagar demasiado el silencio y el alejamiento de su cómplice, rebelóse Felicia contra el sacrificio pecuniario que yo le imponia. Ella, tan generosa y tan desinteresada como era siempre, sentíase humillada de tener que contar con aquello cuando habia sufrido la deshonra, y que de la súplica y la sumision parecia saltar á la amenaza y al mandato. Sus riquezas habian sido una fuerza, un arma entre sus manos, y mejor aún ¡ay! un medio de seduccion ó intimidador con que habia ella vergonzosamente contado en parte para aquellos amores afrentosos, dejándome entrever perfectamente que no habia sido esta la parte más pequeña.

Defendia, pues, enérgicamente el único medio que le quedaba para hacer que volviera el ingrato á sus piés; sí, defendia rudamente su dinero, asegurando que yo me equivocaba acerca la gravedad de sus discusiones con Tonino, y que no podia yo hablar seriamente, al condenarla á sucumbir á aquellas exigencias tan fuera del caso.

—Además, añadía, os equivocais aun más gravemente, si creéis que hemos comprado así la paz. Mientras me quede un campo ó un prado, pensará en la manera de hacérmelo vender para contribuir á sus especulaciones. Cuanto más obtenga; más creará deber obtener; y antes de dos años, le vereis regresar para suplicar y pedir nuevamente.

La infeliz se dolía de la espera. No vacilé un momento en

desvanecer su error. Yo no queria por cierto castigar, pero sí hacer que cesase el mal.

—No ignorais, le dije, que Tonino es harto cobarde. Si vuelve, ya cuidaré yo de hacerle entender ¡á dónde debe ir, y... ya vereis cómo se aleja para siempre.

Comprendereis perfectamente que hay algunos hombres que no pueden luchar un solo instante con algunos otros hombres, él ya lo sabe tambien por mí mismo. No creo que vuelva ni que os escriba, ó mejor: no volverá ni os escribirá. En cuanto á dirigirse á mí para obtener otras cantidades, puede que no renuncie á ello; pero esto no importa: me constituiré en árbitro de sus necesidades, y, si son positivas, comprendereis perfectamente que será muy puesto en razon el aliviárselas, aun cuando le dierais la mitad ó los dos tercios de vuestra fortuna, podriais vivir todavía con desahogo; así es que no sé ver por qué razon ha de doleros el enriquecer al único pariente que os queda.

—¡Sylvestre, creo que estais loco! exclamó Felicia fuera de sí. ¡Despreciáis el dinero hasta lo inverosímil! ¿Creéis, por ventura, que le debo yo algo á Tonino, cuando es él en realidad quien me debe á mí? ¿A qué viene la idea de colocarme continuamente bajo la dependencia de un ambicioso dispuesto á despojarme por completo? ¿Dónde están los derechos de Tonino sobre mi existencia, sobre los productos de mi trabajo y del vuestro, omitiendo los de mi hermano que deberian sernos sagrados?

—Conservareis la isla Morgeron durante vuestra vida, ó mientras dure la mia á lo menos, os lo prometo; pero el resto está de más para la satisfaccion de nuestras necesidades. Nosotros no tenemos ambiciones, ni sucesion, ni caprichos de lujo, ni somos enfermizos. Podriamos por lo tanto vivir con mucho menos, os lo aseguro.

—Paréceme que hablais en tono de burla. Y si no: ¿á qué

esta reciente ternura y esta tolerancia sin límites para Tonino á quien me parece no estimais en mucho hace algunos días?

—Creo haberos dicho que he reflexionado; y siento compasion por él desde el punto en que vos misma parece que le amais bien poco.

—¡Lo habeis adivinado! Pongo á Dios por testigo de que no le amo.

—Que hableis en este momento mentira ó verdad, lo ignoro por completo; pero le habeis amado mucho desde niño y le habeis acostumbrado á contar con vos siempre. El no ha comprendido el trabajo sin vuestro auxilio, ni el porvenir sino con vuestra garantía. El no nació, como no nace nadie, estoico, y vuestra ternura le ha privado de ser hombre. Creéis tal vez que nada merece, sea; pero es demasiado tarde para que le retireis vuestras atenciones y vuestros afectos. Para él, estos afectos y estas atenciones se llaman dinero. Estáis, pues, obligada á darle dinero...

—¿Y si no se lo daba?

—Se quejaria de vos, Felicia... Diria que antes habiais sido mejor para él; y como se va á vivir muy léjos, no podria yo evitar que os maldijera y que os acusara sin yo saberlo.

—¿Esto es decir que por haber sido una buena y tierna madre para él, es preciso que le consagre toda mi existencia?

—Reflexionad...

Esta palabra hizo cambiar la audacia ingénuo de su defensa. Dudando entonces de mi ingenuidad, enseñoreóse de ella el desasosiego, y profundamente avergonzada de su situacion, corrió á abrir la ventana para respirar.

—¡Qué quereis! repuse yo, no sin cierta crueldad dentro de mi paciencia; es indispensable saber pagar los placeres de este mundo.

—¡Los placeres! exclamó ella espantada.

—Los placeres puros, como los placeres impuros; todos se pagan. ¿No fué para vos un placer dulcísimo el de adoptar este niño y creeros su madre? Esta felicidad duró años enteros, la cual supone enteros derechos en el hijo adoptivo.

Felicia respiró. Admiróse de mi candidez, pero no se atrevió á discutirla; y al día siguiente, devorada por su inquieta curiosidad, fué á encontrar á Vanina.

Esta no era tan estremadamente sencilla como parecia. A veces era tambien mujer, y, por otra parte, Tonino le daba continuamente á entender ó le dejaba adivinar que Felicia estaba aun secretamente enamorada y celosa de él. Si no hubiera ella temido precisamente aquella rivalidad, no hubiera sufrido menos, honrada como era, viendo á su marido bajo la dependencia de una mujer que, en un momento dado, podia venderle vergonzosamente sus beneficios. Véase en qué abyeccion habia caido Felicia en el espíritu, no bien desarrollado, pero muy puesto en razon, de su ex-sirvienta.

Allí era donde la aguardaba precisamente el más amargo de sus castigos, el cual no habia yo por cierto soñado en infligirle, y sobre el que gravitaba la inexorable lógica de los hechos.

Como quiera que interrogase ella á Vanina con alguna viveza y en tono de autoridad sobre la manera de efectuarse la brusca partida de su marido, sobre lo que habia pasado entre él y yo en aquel momento, la jóven, á quien habia yo recomendado la mayor discrecion por algunos dias, negóse á dar explicaciones, declarándose en abierta rebelion. Ignoro detalladamente lo que pasó entre ambas y cuáles fueron las terribles revelaciones que se cruzaron entre una y otra, pero

es lo cierto que Felicia tuvo que meterse en cama á su vuelta á casa y fué preciso llamar al médico.

Era este el mismo doctor Morgani que la habia asistido de niña.

—¡Ah! me dijo despues de haberla examinado, ha sufrido una grande emocion.

—¿Os lo ha dicho?

—Ya sabeis que nunca dice nada, pero yo no necesito tampoco que nada se me diga cuando he tomado el pulso.

—¿Entonces será grave su estado?

—Conviene que os vea. Consoladla y así podrá resistir al mal crónico que la amenaza.

—¿Estais hablando ahora de un mal crónico? ¿Qué es ello?

—No está determinado; pero es inminente, si continúa la exasperacion general.

—¿Luego, es decir, amigo mio, que no hay remedio, y que-  
reis descargar la conciencia?

—Mi conciencia de amigo, porque mi conciencia de médico no tiene nada que ver en ello; pero atended y escuchad con la calma conveniente á un marido cariñoso y filósofo. Se me ha dicho que Tonino habia partido: haced que no vuelva.

—¿Por qué? Esplicadme eso. Soy todo lo sereno y todo lo prudente que podais desear.

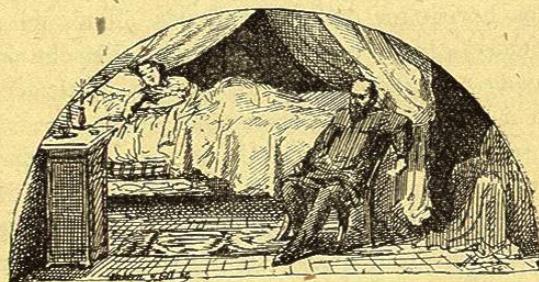
—¿Es necesario que me explique? Yo hubiera creido que ibais á ayudarme y que no erais ajeno á la partida del primo. Pero, no importa. Sabed que Tonino está enamorado de Felicia, que esto turba su tranquilidad doméstica, y que Felicia está ofendida por este amor que persiste á despecho de su indignacion.

—Estais mal informado, doctor. Tonino no está en verdad enamorado de Felicia; su estado doméstico es tranquilo: no tiene pues motivo Felicia para estar ofendida.

—Entonces, suponed que nada he dicho. Propinadle pru-

dentemente ligeros febrífugos, y procurad devolverle la alegría: y creeré entonces que las confesiones delirantes de vuestra esposa no tienen razon de ser ni giran sobre la menor realidad.

Instaléme al lado de Felicia. Estaba delirando en realidad, no debia por lo tanto permitir que nadie sorprendiera sus palabras. Estaba sobre todo devorada por su encolerizamiento contra Tonino y Vanina. No habia en sus lamentos pesar, amor, temor ni, remordimiento. No estaba enferma en aquel momento sino de vergüenza y de despecho.



Durante la noche, se tranquilizó un poco y me reconoció. Preguntóme entonces, como asustada, si habia hablado durante su sueño. Le contesté que no, y se durmió luego más tranquila.

Pocos dias despues, estaba ya restablecida; pero no era ello sino una curacion relativa. La fiebre persistia, poco determinada pero incesante. Morgani me aseguraba que era el estado normal de su excepcional pulso. Más atento y observador que él, yo encontraba aumento de gravedad, y desde luego resolví curar la parte moral dentro lo posible.

La expiación era ya suficiente, pues había sido también grave, poniendo como ponía la vida en peligro. La represión había sido completa y absoluta. No quería yo, á la verdad, constreñir á Felicia á estar pagando durante toda su vida los amargos placeres de un año de adulterio. Tonino había comprendido perfectamente mi despreciativa actitud, y era en realidad harto miedoso para intentar nada de nuevo contra mí. Mi desdichada mujer estaba por lo tanto libre de él. El hecho humillante de dar dinero por saldar una cuenta como aquella, era para Felicia una lección tan cruel como amarga.

Era, pues, mi deber sucesivo procurar la rehabilitación de aquella alma herida. Faltaba, pues, introducirle y hacerle sentir, sin enconar la herida, el aguijón del arrepentimiento, y abrirle los horizontes del porvenir más dignos de ella. Mi resentimiento se había calmado, y estaba satisfecha mi dignidad. Debíame por completo á la compasión; pertenecía absolutamente á la ley de la perseverancia.

Preguntéme desde luego si la última escisión había de ser útil á la conversión de manifestar el papel que yo había representado. Comprendí enseguida que esto hubiera sido renovar la expiación. Felicia había sentido, creyéndome informado de su falta, tales horrores íntimos, que hubiera muerto, á no dudar, si yo no la hubiera disuadido. Lo que era más horrible de ver por aquel espíritu en el cual combatía el orgullo á la lujuria, consistía en incurrir en mi desprecio. Era esto, para ella, tan gran desastre, que no hubiera podido sobrevivirle. Creo que no podía representarse todo el horror de una situación semejante, puesto que se dejaba persuadir fácilmente de que yo pecaba de confiado.

Importaba, pues, continuar representando mi papel sin sanción, por irritante y humillante que pareciera. Pedir una confesión, no hubiera sido solamente tiránico sino pueril. Para confesarse con sinceridad, es forzoso estar arrepentido; y Feli-

cia estaba tan sólo humillada interiormente. Para atraerla á la ternura, era preciso entermecerme yo. Esto no podía yo hacerlo sin degradarme. Mostrar mi corazón herido á aquella mujer herida por otro hombre, era una debilidad realmente imposible.

Ella sintió, sin embargo, necesidad de confiarme una parte de sus penas, y si yo se lo hubiese permitido, luego me hubiera estado hablando continuamente de Tonino, prefiriendo decir mal de él á dejar de hablar; pero creyendo yo que semejante consuelo había de ser peor que el silencio, se lo prohibí, repitiéndole en tono severo y frío, que no había necesidad de juzgar á Tonino con relación á un pretérito que ella había elaborado, y que era preciso ver cómo dirigiría él su futuro, encontrándose solo y único responsable de su existencia y de la de su familia. Malhumorada Felicia desde luego, acusóme de debilidad. Rióse de mi optimismo. Dejéla hablar sin réplica, y entonces se detuvo sin atreverse á repetir sus cargos.

No tardó Vanina en quererme hablar, deseosa de partir cuanto antes. Estaba irritada contra Felicia, pero no decía una palabra; sin embargo, ví yo, sin interrogarla, que todo había terminado para siempre entre una y otra. Vanina sabía ya que aquella fortuna prometida por mí á su marido, no era otra cosa que un donativo que yo había impuesto á Felicia; don considerable con relación á su pequeña fortuna territorial. Vanina se disgustó viendo que su marido aceptaba aquel beneficio, que sin duda Felicia le había echado en cara al revelárselo. Quería ella partir con sus dos hijos y acompañada de una criada, reuniéndose á Tonino antes de que se estableciera y evitar que se aprovechara de mi generosidad, obligándole á ser necesariamente pobre, é incitándole á trabajar con ardor para no tener que deber nada á nadie.

—Tenemos lo bastante, decia ella, para liquidar con vuestra esposa: recobre pues en buen hora cuanto nos ha dado, que yo no quiero quedar debiéndole nada. Soy robusta y altiva. Nada temo por mi parte ni me inquieto en lo más mínimo por mi marido. Tiene él bastante ingenio para no dejar de hacer fortuna sin auxilios ajenos.

Procuré hacerle entender que no tenia derecho á rehusar lo que, de buena ó de mala gana, daba á su marido, y por consiguiente á sus hijos. Por lo tanto, antes de hacer una corazonada que Tonino podia calificar de inútil, debia consultárselo. Prometiome tomar paciencia hasta llegar al término fijado para mi partida en su compañía; pero no pudo ella guardar su palabra. Tres dias despues supe que habia partido acompañada de dos de sus criadas para Venecia, á donde estaba ya Tonino, pero sin haberse establecido aún.

Al saber esta nueva, Felicia apareció generosa otra vez. Preocupábase por los niños, por las fatigas del viaje de aquella jóven que estaba criando, como de su escasez de recursos. Quiso ella correr en pos de ellos, no para pedir su perdon á Vanina, pero sí para obligarla á que la admirase y amara todavía. Llegó á preparar su equipaje agitándose sobremanera.

Habiéndole aumentado la calentura, debia yo continuar calmándola y demostrarle de nuevo que Vanina estaba buena y resuelta, que los niños eran robustos, los criados fieles, y que Tonino le habia dejado más dinero del que necesitaba para hacer un viaje de cien leguas.

Apaciguóse con esto, pero no tardó en darme prisa para que partiera enseguida á cumplir la promesa hecha á Tonino. Habia ya realizado con extremada diligencia la suma que debia yo llevar á su pretendido hijo adoptivo.

Observé yo entonces que ella se preparaba tambien para emprender viaje, creyendo sin duda que á última hora podria decidirme á llevarla conmigo. Tuve, pues, que hacer fracasar esta desesperada combinacion, esfuerzo postrero de una pasion irresistible. Manifestéle que no tenia gran interés en



hacerle á Tonino aquella visita. El apresuramiento de Vanina partiendo sin mí, sin yo saberlo, habia inutilizado mi prometida solicitud para con ella y mi ahijado. Desatado de mi compromiso en cuanto se referia á ella, no me creia yo obligado por ningun concepto á llevar por mí mismo á Tonino un donativo que él estaba bien persuadido y seguro que habia de llegar mejor á sus manos por las de un banque

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

La cosa resultó como yo quería. Tonino recibió el precio de su humillación, y quedó satisfecho. Su mujer me escribió para anunciarme su feliz llegada á Venecia, su partida para las tierras que Tonino habia arrendado y manifestarme su agradecimiento. No se realizaron por lo tanto sus proyectos de orgullo, pues su marido la hizo renunciar sin duda á ellos; pero se vengaba, sin embargo, de Felicia, pues se abstenia de nombrarla en su carta. No quise yo que mi mujer leyera este escrito; buscóla ella no obstante, entre mis papeles, pero inútilmente, yo lo habia quemado. Felicia tuvo, pues, que contentarse con saber que, por allí, estaban satisfechos. Esta fué mi última puñalada, y el preludio de su resignación.

## XLI

**Q**UENTRAMOS desde entonces en la nueva faz de nuestra vida conyugal. La primera, hasta la caída de la esposa, habia sido hermosa y pura. La segunda, de repugnante engaño para mí, fué para ella de envilecimiento seguido de la expiación. La tercera, fué de rehabilitación, comenzada por ella; ¿qué iba á ser para mí, empresa tan terrible? Jamás me he preguntado todavía si amaba yo aún á mi mujer, y hasta dónde me hizo sufrir su alevosía. No quise ocuparme de mí mismo, presintiendo perfectamente que el día en que yo me abandonase á mi dolor, no tendria las fuerzas necesarias para cumplir con mi deber. No dudo de que existan almas bastante fuertes para sobrellevar á la vez el sentimiento del deber y el peso del dolor; pero tened presente que yo no soy en realidad un verdadero estoico. Yo sentia, y siento aún, la ternura. Cuando me encolerizo, lo cual me sucede algunas veces, es á cambio de la abstracción de mi personalidad, considerándome sencillamente una máquina pasiva, movida por el impulso de fuerzas superiores á las mías. Esta es mi religión; cada cual tiene la suya, resultado de los recursos que le ofrece su organización.

Puedo, pues, anonadarme en cierto modo y hasta cierto